

LA UNIÓN LATINA ANTE LOS DESAFÍOS DEL MUNDO DE HOY

José Luis Dicenta

Los recientes acontecimientos que se vienen desarrollando en el mundo árabe, prolongación de las distintas vicisitudes por las que atraviesa la comunidad internacional desde que se inició la crisis económica, evidencian algunas realidades desde hace tiempo conocidas, pero a las que ninguna instancia se atreve al parecer hacer frente de una forma abierta y declarada.

Por una parte, el mundo del poder político, de los poderes políticos que pesan y deciden, sigue empecinado en la explotación y el abuso de los más débiles, sean personas o países; y, por otra parte, el mundo económico, el invisible mundo económico de las poderosas corporaciones y finanzas, no está dispuesto a hacer ningún tipo de cesión para que se hagan realidad principios tan aireados cada día como los de la “solidaridad” y el de una más justa “distribución de la riqueza”.

Y esto es así hoy y así ha sido desde el principio de los tiempos. Siempre los países más poderosos lo han sido a base de aprovecharse de los menos poderosos, sea a través del control y explotación de sus riquezas, o bien de manera más directa y descarada por la vía de la conquista y ocupación. En ambos casos, un ingrediente de la mayor importancia y de cada vez mayor actualidad es la corrupción.

En un semejante contexto, las víctimas son en primer lugar los individuos y los pueblos. Pero también las ideas, los valores y los principios.

Por supuesto, este guión, siempre idéntico a sí mismo y tozudamente inasequible al desaliento, se ha sabido enmascarar con conceptos que se venden bien y en los que hasta ahora han creído y siguen creyendo una buena cantidad de ciudadanos y por los que muchos millones de seres han dado sus vidas: la representación, el poder del voto popular, los valores de la democracia, la solidaridad y la fraternidad, la transparencia, la libertad, la igualdad, y un largo etcétera.

No quiero decir con esto que estas “máscaras” no tengan, objetivamente, un contenido real apreciable y por el que vale la pena fajarse y luchar hasta el final. Claro que todos queremos democracia; por supuesto que todos queremos controlar al poder político (y al económico) a través del voto



y del mecanismos de los pesos y contrapesos; claro que todos quisiéramos ver hecho realidad ese sueño de un mundo solidario y capaz de hacer frente y dar solución a los problemas que siguen atenazando al mundo desde el principio de los tiempos: el hambre, la ignorancia, la enfermedad. Pero lo cierto es que, sin nada que lo justifique, sin ninguna razón suficiente que lo explique, salvo la codicia y la ambición del ser humano, siguen muriéndose millones de seres de hambre y viviendo cientos de millones en la ignorancia y el dolor. Repito, sin necesidad alguna, sin razón objetiva que haga esta tragedia inevitable y permanente.

También es justo señalar que a lo largo de la Historia de la Humanidad se han ido produciendo algunos avances, pequeñas conquistas en muchas ocasiones, sonados logros en otras. Pero siempre, siempre, esas conquistas han ido seguidas, a veces de manera inmediata, otras a través de un necesario proceso de solapamiento, de considerables amputaciones en la práctica, producto del empecinamiento y egoísmo de los grupos que detentan los poderes políticos y económicos, dispuestos a defender sus privilegios aun a costa del hambre, la ignorancia y el sufrimiento ajenos de millones de seres.

Una de las “tapaderas” más escandalosas de esos “reajustes” es la invocación de los conceptos de democracia y de derechos humanos. Con la democracia y el supuesto servicio a la causa de los derechos humanos se justifica todo o casi todo. Las potencias occidentales justificaban antes los atropellos, usurpaciones y conquistas con excusas de orden religioso: se trataba de conseguir la salvación eterna de los explotados. Hoy en día, la búsqueda de la salvación en el otro mundo ha sido reemplazada por la búsqueda de la felicidad en este que pisan nuestros pies y, por consiguiente, la excusa de la salvación eterna no sirve ya de manera general, si bien es cierto que sigue estando en la base de muchos actos terroristas

de auto-inmolación. De ahí que en el mundo que llamamos civilizado, occidental, democrático y desarrollado, hayamos tenido que sacarnos de la chistera esa otra justificación, la democracia y la defensa de los derechos humanos, bajo cuyo paraguas se cometen las mismas o similares tropelías.

¿O es que acaso no han sido las democracias occidentales de mayor solera las que han venido explotando la riqueza de los países árabes, justificando el apoyo a una internacional de sátrapas asesinos y corruptos con el argumento de la estabilidad, al tiempo que contraponían la supuesta natural incapacidad de esos pueblos para autogobernarse en libertad y democracia con el “paradigmático modelo” de democracia en Oriente Medio: Israel? Con esta mentira por partida doble se ha pretendido tranquilizar la conciencia de una política que ha venido defendiendo los constantes atropellos y abusos de un país —Israel—, al que por razones de todos conocidas había que apoyar a costa de lo que fuere, mientras que se justificaba el apoyo a todo un esquema de poder árabe basado justamente en los principios antitéticos a los que airean a los cuatro vientos los defensores de la Democracia. Israel no ha acatado ni cumplido nunca las Resoluciones de NNUU; y tampoco nunca EEUU ha aceptado respaldar ninguna Resolución de condena a Israel, por leve que fuera, en ningún foro internacional. Por que todo ha respondido a la misma lógica.

Y es esa lógica y ese esquema de poder el que ha hecho quiebra de manera estrepitosa en estos últimos años. Recuerden con qué rapidez se cantó victoria cuando se derrumbó el tinglado del poder soviético. Y compárenlo luego con lo que está costando que hoy en día se acepte que el sistema financiero está podrido por dentro, que el sistema político es ineficaz, que el “otro sistema”, en definitiva, también ha sucumbido. Nos limitamos a poner parches, remiendos lampedusianos que den la apariencia de que todo —o algo al menos— está cambiando, para que en el fondo todo siga igual. O peor: porque siguen aumentando las diferencias entre los que más tienen y los que nada tienen, que es en definitiva el problema central al que estamos obligados a hacer frente. Y todos somos testigos de la impudicia con que se hacen públicos sueldos de infarto, equivalentes en un solo mes al de muchos miles de seres humanos trabajando toda una vida. O la impunidad que sigue amparando a los culpables de que millones de seres se hayan quedado sin vivienda y sin trabajo. No importa, hay que seguir aplicando una lógica que se considera normal.

Hay por consiguiente una revolución que está pendiente, una revolución capaz de ponerle fin al “gansterismo financiero” al que se refiere el sociólogo Alain Touraine. Una revolución capaz de hacer de la Justicia un referente igual y eficaz para todos los seres humanos del planeta. Una revolución que reconozca que los derechos de los más pobres y los más débiles son exactamente los mismos que los de los más ricos y poderosos. Una revolución capaz de poner fin a la diabólica espiral de gastos militares y poner en marcha en cambio, con ese mismo dinero, la esperada espiral virtuosa de gastos en educación y alimentación. Una revolución que llegue hasta el


final, que no se quede a la mitad del camino, como ha venido ocurriendo con todas las que le han precedido. Y esa revolución sólo podrá venir directamente del pueblo, de los individuos de los pueblos que se sienten explotados y despreciados. No va a llegar de la mano de las grandes potencias, ni de los grandes organismos internacionales. Llegará de la mano de los individuos, de la conciencia de los individuos, de la capacidad de protesta de los individuos.

¿O es que se da por supuesto que vamos a seguir comulgando con ruedas de molino indefinidamente? ¿O es que tendremos que esperar otra eternidad para ver si mejora la justicia, si se redistribuye con mayor equilibrio la riqueza, si se planta cara a los que todo lo siguen decidiendo en función de sus exclusivos beneficios, si desaparecen los dobles lenguajes y el doble baremo de la justicia, si las promesas pasan a ser realidades, si se deja de jugar con la buena fe de la ciudadanía, si el ser humano deja de ser un objeto de explotación?

Ha pasado ya demasiado tiempo. El sentimiento de frustración se ha extendido por todo el planeta. Ha llegado el momento de indignarse, como pide el sociólogo francés Stephane Hennen.

Miren Uds. por dónde, los países árabes nos están dando un ejemplo de justa, de santa indignación, señalando claramente el camino que no hay que seguir, los socios y amigos que no hay que tener, la política que no hay que practicar. A ver si además de pasarnos la vida pretendiendo enseñar a los demás, empezamos a aprender a entender.

Y es para “empezar a entender” que la Unión Latina quiere abrir vías de diálogo y comunicación entre los pueblos y las culturas más diversas. Llevar a cabo un esfuerzo de comprensión del Otro, de solidaridad con los que más necesitan nuestro apoyo. Todos los valores que he mencionado en este comentario forman parte del patrimonio más auténtico de la Latinidad. Una Latinidad contemporánea tiene la obligación de preservarlos, defenderlos y difundirlos. Pero es que, además, la Unión Latina es un organismo intergubernamental neutro, en el mejor sentido de la palabra. Un organismo que no despierta reservas ni recelos entre nadie, que de la misma manera en que ha tratado ya en el pasado, en dos ocasiones, el tema de la presencia árabe en América Latina persiguiendo el fin último de que los pueblos de esos dos mundos se conozcan más y mejor y trabajen más y mejor juntos, puede también abordar otros aspectos de la vida internacional que hoy más que nunca preocupan a la juventud de todos nuestros países.

Ese y no otro es el espíritu de la actual latinidad. Y esa es también la filosofía que anima la acción de la Unión Latina en nuestros días. 

José Luis Dicenta Ballester. Diplomático español. Fue Secretario de Estado para la Cooperación Internacional del gobierno español, cargo con el que participó en la organización de las primeras Cumbres Iberoamericanas, celebradas al calor de los Quinientos Años del Encuentro de Dos Mundos. Fue además embajador en Perú, en Colombia, en México y en Italia. Es actualmente Secretario General de la Unión Latina y miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.